

con las manos devotamente levantadas: «Aquí me tienes, hijo de noble raza, ¡oh dios grande! admíteme en ofrenda si no hay otro medio de cumplir mi propósito.» Estando así con los brazos levantados é inmóvil, avivóse la llama y quedando Asvatarman envuelto en una columna de fuego oyó la voz de Siva que le contestó entre risotadas: «He amado á Crishna mas que á nadie por su piedad, devoción, fidelidad y firmeza; pero á tí te he dispensado el honor de ponerte á prueba, y hoy retiro mi mano de los pancalas, á quienes hasta ahora he protegido por atención á Crishna.» Dicho esto, entró su espíritu en el cuerpo de Asvatarman, en cuya mano puso una espada reluciente y poderosa. El hijo de Drona desde aquel instante se sintió impulsado impetuosamente por una fuerza de acción sobrenatural, y acompañado por gigantes invisibles penetró resueltamente en el campamento enemigo. En aquel momento habían llegado allí sus dos compañeros Kripa y Kritavarman, y les dijo con brío: «Vosotros dos sois capaces de enviar al otro mundo á todos los reyes y guerreros, cuanto mas á estos que aquí duermen y á quienes ahora voy á exterminar; procurad vosotros que nadie se escape vivo.» Dicho esto, penetró en el interior y pasando sin temor ni vacilación entre las hileras de los dormidos se dirigió á la estancia de perfumado ambiente donde dormía descuidado en su lecho precioso y cubierto de lienzo finísimo el caudillo y rey de los pancalas, Drishtadyumna. Despertóle Asvatarman de un puntapié, y cogiéndole en seguida de los cabellos, cuando el infeliz le miraba con estupor, le tiró al suelo y le pisoteó el cuello y el pecho; Drishtadyumna solo pudo defenderse con sus uñas, y dijo con voz apenas inteligible: «Acaba pronto, hijo de nuestro maestro; usa tu espada á fin de que pase yo cuanto antes al mundo de los buenos.» «¡No hay cielo, infame, para el asesino de su maestro! Eres indigno de morir por la espada,» le contestó el feroz Asvatarman, y le dió con sus talones en los sitios mas vulnerables hasta que le dejó muerto.

El ruido había despertado á las mujeres, á la servidumbre y á la guardia del desgraciado príncipe, y vieron todavía cómo Asvatarman le remataba, pero el horror y el espanto les impidieron proferir una palabra, pues creyeron ver en el matador un sér sobrenatural. Concluida su obra, se acercó Asvatarman sediento de sangre á los guerreros que se iban reuniendo alrededor de las mujeres, ansiosos de saber la causa de sus lamentos y de su terror, y pronto dió cuenta de todos con su espada. Mató también á los caudillos Utamanyu y Yudamanyu; á los hijos que Draupadi había dado á los cinco hermanos, sus maridos. Estos con Sikhandin á la cabeza de los guerreros somakas embistieron con arrojo al feroz matador; pero éste, acordándose de la muerte de su padre, se defendió con un escudo de las flechas que hicieron llover sobre él, y echándose con su espada sobre ellos, no dejó ni á uno con vida. Al hijo de Yudishtira abrió en canal, al de Bhima cortó el brazo que éste había levantado con su arma, y á los hijos de los demás hermanos cortó la cabeza. El matador de Bhishma sucumbió igualmente á pesar de la resistencia desesperada que opuso, y la misma suerte tuvieron todos los individuos de la familia de Drupada, grandes y pequeños, que con sus servidores y guardias formaron al poco rato un gran monton de cadáveres y miembros sueltos anegados en sangre. Poco á poco sacudieron el sueño todos los que todavía dormían hasta en el último extremo del campamento. Al contemplar la inmensa matanza, los montones de cadáveres y las hileras de guerreros degollados dormidos, y al terrible Asvatarman matando sin parar, cortando á éste las piernas, hundiendo á aquel la espada en el costado, á otros atravesando el cuello, creyeron en su consternación ver al Destino terrible en su manto rojo y la cara te-

ñida de sangre, que guiaba y protegía á Asvatarman en su obra de destrucción. El terror los hizo correr de una parte á otra sin poder entenderse; los lamentos, los gritos, los caballos y elefantes, que corrían locos en todas las direcciones aplastando muertos y vivos, la polvareda que levantaron y el olor de sangre, aumentaron los horrores de aquella noche. Los que trataron de salir al campo libre encontraron en las puertas del campamento á Kripa ó á Kritavarman que habían encendido hogueras para ver mejor á los que querían huir é inmolaron sin misericordia á cuantos buscaron la salida. Atraídos por la carnicería habían aparecido también á participar de esta fiesta sangrienta espíritus maléficos que viven en las tinieblas, vestiglos, gigantes, monstruos y otros fantasmas, que ayudaron á matar é hicieron salir de sus escondrijos á cuantos se habían ocultado y creían librarse de la destrucción. Entretanto devoraban con glotonería infernal los miembros de los inmolados, bebían la sangre y teniendo sus anchas y horribles bocas llenas de carne humana, bailaban y saltaban dando palmadas y gritos salvajes que mezclados con los gritos de socorro y de misericordia, y los ayes de las víctimas, formaban un concierto lúgubre é infernal. En todos los días de batalla juntos no había habido tanta carnicería.

Cuando empezó á blanquear el cielo por la parte de Oriente y las hogueras se fueron apagando, reinó el silencio de la muerte en el vasto campamento; solo estaba Asvatarman vivo. Su furor se había disipado cuando vió que había terminado su obra. Salió, y juntándose con sus dos amigos empuñando con mano de hierro su sangrienta espada, gritó satisfecho y alegre: «Está consumado todo sin faltar nada.» Entonces se abrazaron y felicitaron los tres, y por indicación de Asvatarman se dirigieron sin perder un instante al sitio donde habían dejado á Duryodana magullado todo el cuerpo y con el muslo roto. Encontráronle todavía con vida pero rodeado de toda una manada de hienas hambrientas, á las cuales tuvieron que ahuyentar para acercarse al moribundo. A su lado prorumpieron en amargos lamentos, y repasando todas las desgracias que habían caído sobre la familia real, sus allegados, amigos y defensores, expresaron su sentimiento por no haber muerto también con las armas en la mano para no tener que ver el triste fin de su rey y bienhechor; pero, dijo Asvatarman, por lo menos tenemos la satisfacción de poder participar ¡oh Duryodana! que esta noche hemos matado á Drishtadyumna. «¿Vives todavía y oyes lo que digo? —preguntó al moribundo, y cuando éste le hizo una seña afirmativa, le dijo:—Ya puedes decir á los adalides tus amigos y otros que luego encontrarás en el cielo adonde te han precedido, que del partido de los Pandu solo han quedado siete individuos, los cinco hermanos, Crishna y Satyaki, y del vuestro solo nosotros tres que aquí ves; los demás todos han muerto,» y le contó en breves palabras la sorpresa nocturna y la inmensa multitud de víctimas que había inmolado.

Duryodana lo había oído; un rayo de alegría iluminó su fisonomía y finalmente haciendo un esfuerzo, dijo: «Ni Bhishma, el hijo de la diosa Ganga, ni Karna, ni tu padre Drona han hecho por mí lo que tú con tus amigos Kripa y Kritavarman. Siento que me elevo á Indra; os doy las gracias; allí arriba volveremos á reunirnos.» Dicho esto expiró.

Largo rato continuaron los tres embargados de dolor junto al cadáver; después le abrazaron para despedirse de él, y subiendo en su carro habiendo ya amanecido, se dirigieron á toda prisa á la ciudad.

Los Kuru y los Pandu habían quedado poco menos que exterminados para siempre. Mientras los compañeros se dirigían á la ciudad, el auriga de Drishtadyumna, único individuo que se había librado de la matanza, buscó á Yudishtira y le contó todo lo sucedido. Al oír tan inesperado y enorme

desastre cayó el rey desplomado en brazos de Satyaki; acudieron también los demás hermanos Pandu, y vuelto el rey en sí se deshicieron todos en lágrimas, sollozos y lamentos. Yudishtira exclamó: «Inescrutable es la marcha de las cosas aun para los que se lisonjean de poseer el don divino de leer en el porvenir. Los vencidos han salido victoriosos, y nosotros los vencedores somos los vencidos, después de haber resistido á tantos enemigos poderosos. ¡Pobre Draupadi! ella es la que no podrá sobrellevar el golpe tremendo de haber perdido á sus hijos y á todos sus parientes. Vé, dijo á Nakula, uno de sus hermanos mellizos, vé y acompaña aquí la infortunada y á su madre.» Mientras que Nakula iba á cumplir su triste misión, dirigieron los demás al sitio de la catástrofe, donde apenas pudieron resistir el dolor al ver tan bárbaramente sacrificados á sus hijos, parientes, amigos y compañeros de armas. Allí llevó Nakula á Draupadi, que livida, temblando como una caña doblada por el huracán, cayó desplomada á los pies de Yudishtira. Bhima la levantó en sus brazos, y cuando hubo vuelto en sí lloró amargamente la muerte de los suyos; después felicitó á Yudishtira por su victoria y por haber recuperado el trono, y añadió que no abandonaría aquel sitio de horror mientras el feroz asesino no hubiese recibido su castigo. Yudishtira encontró su dolor justo, pero le dijo que Asvatarman difícilmente podría ya ser encontrado, pues que á la sazón estaría, probablemente, refugiado en alguna selva inaccesible. Entonces contestó Draupadi que su deseo era ver lucir en la cabeza de su rey una joya que Asvatarman llevaba en la frente desde que había nacido, y dirigiéndose á Bhima le dijo que recordase los deberes que le imponía su calidad de príncipe guerrero; y expresó la confianza de que no teniendo, como héroe, rival en el mundo, vencería á Asvatarman como había vencido al gigante Hidimba en la selva, el primer día de su vida errante de proscrito, y como la había rescatado á ella del poder del brutal Kichaka. Interpelado así Bhima no pudo soportar mas con serenidad el dolor y el grito de venganza de su esposa; levantóse y subió con su hermano Nakula, que se le ofreció por auriga, á su magnífico carro, al cual había hecho enganchar sus soberbios caballos, y tomando su robusto arco, sus flechas y otros proyectiles se dirigió á galope en busca de Asvatarman.

Apenas hubo desaparecido, Crishna se acercó á Yudishtira y le reconvinó por haber permitido que su hermano partiese sin su auxilio, y le hizo saber que Drona, el padre de Asvatarman, había regalado un día á Arxuna, su discípulo favorito, un proyectil terrible llamado «cabeza de Brahma,» capaz de incendiar el mundo entero. Envidioso el hijo del maestro había suplicado á su padre que le diera otro proyectil de la misma clase, y lo había alcanzado á fuerza de ruegos; solo que su padre le impuso la condición de no usarlo contra mortales sino en la última necesidad. También le había pronosticado su padre que iría por mal camino. En sus correrías había encontrado Asvatarman á Crishna, al cual propuso el trueque de sus armas, es decir, que en cambio de su proyectil de Brahma le diera su famoso disco, arco, pica y maza. «Tómalas, —le había contestado Crishna, —si sabes manejarlos,» pero Asvatarman no había sido capaz ni siquiera de tender el arco ni tampoco de manejar las demás armas. En vista de esto, Crishna había reprendido su ambición, diciéndole que nadie, ni los adalides mas famosos, ni Arxuna, ni su propio hijo Pradyumna, ni Rama, su hermano, ni otro alguno le había manifestado jamás semejante pretensión; y que siendo Asvatarman brahman, honrado mas que nadie por todos los yadú, é hijo del maestro de los bháratas, no comprendía contra quién podía proponerse manejar aquellas armas. A esto le había contestado Asvatarman, que algun día

volvería y que entonces Crishna le respetaría tanto como á Siva. Con estas y otras frases altaneras se había retirado llevándose cuantas riquezas poseía; pero, añadió Crishna, de un hombre de este genio y además perverso, decidido y brutal, hay que temerle todo, y es preciso proteger á Bhima, porque nada podrá contra el proyectil de Brahma que Asvatarman usará ciertamente contra él.

Este consejo produjo el debido efecto, y estando allí ya el carro con cuatro briosos caballos enganchados, subieron Crishna, Yudishtira y Arxuna, y corrieron á todo escape en pos de Bhima, á quien no tardaron en alcanzar; pero no fué posible hacerle desistir de su empresa; fogoso y ardiendo en deseos de castigar al infame y de arrancarle la joya que llevaba en la frente para llevarla á Draupadi, aguijonó sus caballos y á escape dirigióse hácia el Ganges, á donde le habían dicho que se había dirigido también Asvatarman.

Efectivamente allí le vió, y también al venerable sabio Vyasa con su compañero Narada y sus discípulos. «Detente,» le gritó Bhima desde lejos. Volvió Asvatarman la cara y vió con terror quién le perseguía y quiénes llegaban detrás de Bhima. No había tiempo que perder, porque Bhima iba hácia él á carrera tendida, con el arco en una mano y apuntando con la otra un proyectil. Asvatarman precipitadamente echó mano de la terrible arma de Brahma y la disparó contra sus perseguidores. El proyectil despidió en su trayectoria llamas suficientes para destruir el cielo, la tierra y las aguas.

Crishna había tenido tiempo de aconsejar á Arxuna que disparase también contra el enemigo el proyectil divino que había pertenecido á Drona, para anular el efecto del otro. El proyectil de Arxuna despidió tal fuego que parecía abrasar toda la naturaleza; mas al dispararlo había suplicado Arxuna á los dioses que hicieran que ninguno de los dos proyectiles dañara á nadie, ni el suyo á Asvatarman, por ser hijo de su maestro, ni el de Asvatarman á él mismo ni á sus hermanos. Cuando los dos proyectiles llegaron casi á la mitad de su curso, aparecieron súbitamente en medio Vyasa y Narada, decididos como siempre á la conservación de todo lo creado y de consiguiente á apagar aquellos proyectiles destructores. «¿Qué intentais, gritaron los santos á una voz, vosotros imprudentes, al disparar semejantes proyectiles contra mortales, á lo cual jamás se ha atrevido ninguno de los adalides mas renombrados desde tiempo inmemorial?» Arxuna alzó sus manos y dando gracias respetuosamente á la virtud divina del proyectil lo llamó otra vez atrás, cosa que tal vez ningun otro hombre habría podido hacer. «Lo he disparado, —dijo, —para luchar contra el proyectil divino del enemigo; pero ahora que he obedecido nos aniquilará el otro, si vosotros, hombres divinos, no nos tomáis bajo vuestra protección.»

Asvatarman, al ver también á los santos varones interpuestos entre los dos proyectiles, no pudo hacer volver atrás el suyo porque ya lo había disparado, mas para justificarse dijo que lo había hecho por un error, hijo de la precipitación, al ver en peligro inminente su vida. «También Arxuna, —le replicó el santo, —empleó el suyo como única defensa pero lo ha retirado obediente, y por lo demás, siempre ha cumplido fielmente con todos los deberes que le impone su nacimiento de guerrero y príncipe.» Dicho esto mandó á Asvatarman que volviera á llamar su proyectil, que renunciara á todo rencor, dejara en paz á los Pandu, que habían alcanzado la victoria con justicia, y les entregara además la joya que llevaba en la frente, en cambio de lo cual los Pandu le perdonarían la vida.

Respondió Asvatarman que los Pandu habían adquirido ya sobradas joyas y otras riquezas; pero que estaba dispuesto á obedecer al santo y entregarles tan preciosa joya, que preservaba á su poseedor de todo temor de peligro y daño ora

proviniesen de mortales, ora de vestiglos, semidioses y dioses, á condicion de que el proyectil de Brahma que habia disparado y no podia volver atrás, tocara al hijo que debia tener la nuera de Arxuna, hija del rey de los viratas. Un piadoso brahman habia predicho un dia á la jóven que despues del exterminio de los Kuru tendria un hijo que moriria antes de nacer pero que resucitaria á nueva vida, seria padre de una numerosa descendencia y continuaria la dinastía Pandu. Vyasa reprendió á Asvatarman por su deseo perverso y Crishna prometió entonces que él daría nueva vida al niño muerto, que alcanzaria edad propecta, y dirigiéndose á Asvatarman le maldijo diciéndole que todas las personas prudentes y rectas ya le conocian por malvado y que para colmo de perversidad queria matar hasta á las criaturas en el seno de su madre. «Recibe, le dijo, la recompensa de tu perversidad; tres mil años irás errante por esta tierra sin tener trato con nadie, ni con las personas mas abyectas é infelices; todos huirán de tí porque despedirás hedor de sangre y de podredumbre; serás presa de toda clase de males asquerosos, y en cambio el hijo que tú quieres que perezca, que será llamado Parixita, será hombre sabio y virtuoso, recibirá las armas de Kripa, reinará sesenta años sobre el pueblo Kuru y morirá de viejo.» Vyasa confirmó esta sentencia. Asvatarman entregó la joya de su frente á los Pandu, y á la vista de todos, expulsado de la sociedad de los hombres, se internó en la selva. Los Pandu volvieron con Crishna al campamento acompañados de Vyasa y de Narada, donde Draupadi estaba resuelta á esperar su vuelta. Al llegar allí rodearon todos á la infortunada mujer y con previa aprobacion de Yudishtira le entregó Bhima la preciosísima joya que habia pedido, y contándole lo sucedido la animó á recordar sus deberes de reina é hija de reyes y abandonar su dolor intenso. Ella dijo que estaba satisfecha de la vindicta obtenida y conforme con la sentencia que habia recaido sobre Asvatarman, cuya vida respetaba por atencion á su venerable padre difunto. Cediendo á su deseo, la joya conquistada fué fijada en la frente de Yudishtira, donde resplandeció como brilla la luna sobre las cumbres de las montañas.

Despues explicó Crishna que Asvatarman solo habia podido ejecutar tan gran matanza con el auxilio del gran dios Siva, que cuando quiere dá al mortal vida perdurable y fuerza para vencer no solamente á los héroes mas invencibles, sino tambien al mismo dios Indra. Seguidamente contó una guerra que Rudra, que es tambien Siva, tuvo con los demás dioses á causa de cierto agravio que estos le habian hecho y que los habia dejado tan mal parados, á uno sin brazos, á otro sin dientes y á Bhaga, el dios Fortuna, sin ojos, que sumisos y arrepentidos le pidieron perdon y proteccion, y desde entonces habian concedido á Siva todos los honores. Por lo mismo todas las víctimas que ha hecho Asvatarman eran en realidad del dios Siva; y este dios, concluyó Crishna, es el que debe dirigir en adelante todos tus actos y empresas.

Con esta relacion termina el libro 10 del poema y la descripcion amplificada de la gran guerra de los bháratas. Los tres libros siguientes hablan de los lamentos de Dritarashtra y de las reflexiones que le hicieron Vidura y despues Vyasa, cuyo consuelo consistió en la revelacion de que Duryodana, el hijo de Dritarashtra y autor de todos los males, discordias y guerras, habia sido simplemente la encarnacion de una parte de la diosa Kali, ó mejor dicho, Parvati, esposa de Siva, espíritu infernal, de discordia y de sangre, que solo aceptaba sacrificios cruentos. Despues Sanyaya y Vidura inducen al anciano y ciego rey á rendir los honores fúnebres, es decir, á proceder á la cremacion solemne de los cadáveres de tantos héroes. Al ir Dritarashtra con su esposa Gandari, Pritha, la madre de los yadu, y muchas otras mujeres principales,

seguidas de una gran multitud, al campo de batalla, se encontró con Asvatarman, Kripa y Kritavarman, que le refirieron la sorpresa nocturna, la matanza y la muerte de Duryodana; y Asvatarman, habiendo enterado al rey de todo, se dirigió al Ganges, donde le sucedió lo que ya sabemos; Kripa marchó á la ciudad de Hastinapur y Kritavarman regresó á su reino. Cuando los hermanos Pandu y Crishna tuvieron noticia de la aproximacion de la comitiva, salieron á recibirla con Yuyudana, Yuyutsi, Draupadi y demás mujeres pancalas. Despues de algunas explicaciones se abrazaron primero Dritarashtra y Yudishtira; despues Dritarashtra y Bhima; pero Dritarashtra quiso ahogar á Bhima en sus brazos, y lo habria hecho si Crishna, viendo su intencion, no hubiese puesto entre los brazos del rey ciego, en lugar de Bhima, una estatua de bronce. Sin embargo, tanta fué la fuerza que hizo en aquel abrazo, que echó sangre y cayó desmayado. Crishna, con sus buenas palabras, hizo que se reconciliaran los dos. Vyasa por su parte consiguió que la reina Gandari no echara maldicion alguna sobre los Pandu. Despues se acercaron estos á su madre Pritha, que levantó del suelo á Draupadi, la cual á su vista, dominada por su dolor, habia caído á sus piés. Todos despues se dirigieron juntos al campo de batalla. Allí se repitieron los lamentos y se verificó por órden del rey Yudishtira y bajo la direccion de Vidura, Sanyaya y otros sabios, la cremacion de los cadáveres, á la cual siguieron á orillas del Ganges las libaciones de agua sagrada. Allí reveló Pritha á sus hijos que Karna habia sido su hijo primogénito y de consiguiente hermano mayor de ellos.

Los santos y los cantores procedieron despues á la celebracion de los funerales religiosos y desde el Ganges regresaron todós los brahmanes cantando himnos á la ciudad, que entretanto habia sido adornada para recibir á los vencedores y vencidos. Yudishtira fué proclamado rey y distribuyó los cargos y honores, y se celebraron las fiestas correspondientes, con los sacrificios en conmemoracion de los muertos en la guerra.

Con la aprobacion de Dritarashtra, distribuyó Yudishtira entre sus hermanos los palacios y tesoros de los hijos de aquel; despues expresaron todos á Crishna su inmensa gratitud por su poderosísimo auxilio, y le tributaron ante toda la corte los honores mas grandes que pueden tributarse á mortales, y además los honores divinos.

Yudishtira, despues de haberse encargado del reino y del gobierno, y de haber tomado todas las disposiciones que le parecieron oportunas, visitó á Crishna, á quien encontró dedicado á meditaciones religiosas. Crishna propuso al rey que hiciese una visita á Bhisma, que todavia continuaba entre la vida y la muerte en su lecho de flechas. Este sapientísimo anciano, le dijo, te dará preciosos consejos. El rey se mostró conforme y sin demora hizo enganchar los caballos, suplicando á Crishna que le acompañase. Crishna accedió desde luego, y acompañados de los hermanos del rey se dirigieron al campo de los Kuru, es decir, donde sucumbieron estos y donde el héroe y santo vivia rodeado de brahmanes dedicados como él á la vida contemplativa.

Bhisma, que nunca habia cesado de ensalzar en piadosos himnos y conversaciones á Crishna por haber reconocido en él á Vishnu, recibió á los visitantes cariñosamente, diciendo que ya no sentia dolores ni cansancio, antes bien creía iluminado su espíritu como nunca. Enterado del objeto de la visita, instruyó á Yudishtira sobre los deberes y derechos que le tocaban como rey; despues le dió consejos sobre la conducta que debia seguir en épocas de desgracia, y por último, le enseñó el camino de la bienaventuranza eterna. Estas instrucciones y consideraciones llenan el libro 12, el mas voluminoso del poema.

El estado doloroso del abuelo, como Yudishtira llamaba á Bhisma, causó profundísima pena al rey, el cual dijo que antes de verle así, acribillado de flechas, preferiria haber muerto. Bhisma, para consolarle, le reveló el poder maravilloso de los actos piadosos, especialmente de la liberalidad; despues le contó multitud de ejemplos y reglas de conducta, le habló del cielo, del infierno, de dioses y de santos, de la vida y de la juventud y edad viril, de la muerte y del renacimiento á otra vida ó reencarnacion, de la majestad de Siva, de la eficacia de los donativos, y finalmente, aseguró á Yudishtira que alcanzaria sin pecado la gloria eterna. Todos escucharon respetuosos las palabras del venerable anciano, que atendiendo á la súplica de Vyasa, despidió á todos, recomendando á Yudishtira de nuevo que no descuidara los sacrificios y donativos, y que procurase la felicidad de sus amigos y súbditos, para provechoso ejemplo de todos, mostrándose semejante á un árbol cargado de abundante y sabrosa fruta. Finalmente le dijo que volviera en el próximo solsticio. Yudishtira se despidió, con todos los que con él habian ido, y regresó á la capital, donde gobernó como el anciano le habia recomendado. El día convenido volvió al campo de los Kuru con Crishna, sus hermanos, Satyaki, Dritarashtra, la reina Gandari, Pritha, su madre, y numerosísimo séquito. Allí bajaron todos de sus carros y se colocaron alrededor del lecho donde yacia Bhisma. «Soy Yudishtira,—le dijo el rey,—y te saludo; he venido puntualmente con mis hermanos y demás parientes, con brahmanes y maestros ilustres, y aguardo tus órdenes, si es que me oyes.» Bhisma alzó la vista, les dió la bienvenida y recomendó á Dritarashtra que tratara á los Pandu como si fueran sus propios hijos, y que no llorara mas á los suyos, á quienes su propia codicia, su ira y su envidia habian llevado al precipicio. Despues, volviéndose hácia Crishna, celebró su calidad divina y le suplicó que le permitiera ir á reunirse con sus antepasados. Crishna le contestó que podia hacerlo, pues habiendo vivido en esta tierra como varon piadoso y sin tacha, tenia poder tambien sobre la muerte. Entonces despidióse Bhisma de todos los presentes y sus últimas palabras fueron dirigidas á Yudishtira, recomendándole de nuevo que honrara siempre á los brahmanes, á los sabios, sacerdotes y maestros. Dicho esto se desprendieron las flechas de sus carnes, y los presentes vieron cómo su espíritu, en forma de llama, se desprendió de su cabeza y subió al cielo, de donde cayeron flores y se oyó la música de los espíritus bienaventurados.

Despues de la cremacion del cadáver fueron todos á la orilla del Ganges para purificarse con su agua sagrada y entonces se les apareció Ganga, lamentando la pérdida de su hijo, el bienhechor sabio y valeroso de la familia Kuru. Crishna consoló á la diosa, la cual, tranquilizada, desapareció en las aguas, y despues todos volvieron á la ciudad. Este es el contexto del libro 13 del gran poema el *Mahá-Bhárata*.

CAPÍTULO III

EL PUEBLO ARYO-INDIO Y SUS CONQUISTAS TERRITORIALES EN EL PERÍODO ÉPICO

Antes de tratar de sacar los datos históricos que encierra el gran poema *Mahá-Bhárata*, de cuyos primeros trece libros hemos dado un ligero resúmen, conviene dar aquí un extracto del libro 14.

El anciano y ciego rey Dritarashtra lloraba la pérdida de sus hijos, y Yudishtira, que le consolaba demostrándole que él mismo habia labrado su desgracia con su debilidad y condescendencia, estaba por su parte inconsolable, y de buena

gana habria cambiado el trono por la vida de anacoreta en solitaria selva. Crishna y Vyasa le exhortaron á continuar en su puesto y cumplir con los deberes que le imponia la dignidad real, honrando con actos de virtud la memoria de los que habian sucumbido en la guerra. Vyasa le indicó la eficacia de los sacrificios ofrecidos á los dioses, y le excitó á celebrar el del caballo con gran solemnidad en el dia de su consagracion. Piadoso como siempre, Yudishtira tomó disposiciones para preparar lo necesario á fin de que aquella fiesta política y religiosa fuese digna de su reinado, para lo cual quiso que acudieran á ella tantos reyes, príncipes y pueblos vasallos como pudiesen. Entretanto, Crishna y Arxuna partieron para visitar lugares santos y establecimientos de cenobitas en las selvas, en cuyo viaje el primero refirió al segundo sucesos pasados é historias antiguas é instructivas. Despues regresaron á Hastinapur, donde Crishna se despidió para regresar á su país con Satyaki, no sin gran sentimiento por tener que separarse de Arxuna. En el viaje á Dvaraka, la ciudad de su padre, encontró á un sabio brahman llamado Utanka, que quiso echarle una maldicion por haber contribuido al exterminio de los Kuru, pero se rindió á la razon y reconoció la mano divina que todo lo habia dispuesto y guiado así. Al llegar á su casa contó á su padre, el rey Vasudeva, y á otras personas amigas la guerra pasada y sus peripecias; consoló á los suyos de la muerte de Abhimanyu é hizo honrar su memoria con piadosos donativos. Vyasa habia mitigado el dolor de la viuda Uará, anunciándole que tendria un hijo póstumo de su esposo, como sucedió en efecto. El niño nació muerto, por efecto del arma de Brahma disparada por Asvatarman y que éste no pudo ó no quiso hacer volver atrás. Crishna fué llamado, acudió, y solicitado por Pritha, Subhadra y la madre del recién nacido, sacó de su cuerpo el proyectil de Brahma y devolvió la vida al niño, que fué llamado Parixita y estaba destinado á continuar la dinastía Pandu.

Entretanto, los hermanos del rey Yudishtira regresaron de la expedicion á la cual éste les habia enviado á fin de llevar á la ciudad todo lo necesario para los inmensos gastos que habia de causar la fiesta. Yudishtira, á indicacion de Vyasa, que dirigia todos los preparativos y debia dirigir despues la funcion, encargó á Bhima y Nakula el gobierno del reino, á Sahadeva el de la casa real, y dió á Arxuna la comision de visitar á los reyes y pueblos amigos y adversarios, avisando á los amigos para que acudieran á su tiempo á Hastinapur, asistieran á la fiesta y prestaran al rey el debido homenaje, obligando á los demás por la fuerza á presentarse á prestarlo. Para el sacrificio eligió Vyasa un caballo manchado de blanco y negro, el cual, puesto en libertad, segun queria la costumbre tradicional, debia ser seguido adonde fuese por el enviado del rey, que era Arxuna, con una hueste armada. Los pueblos y reyes que dejaran libre paso al noble bruto, reconocian con este acto francamente la soberania del rey dueño del caballo, y los que le detenian debian ser sometidos á la fuerza. Una multitud inmensa asistió al acto de soltar el caballo real y á la marcha de la fuerza armada que debia seguir sus pasos y carreras. Verificada esta ceremonia, que se ejecutó al toque de los instrumentos bélicos, y deseando la multitud á Arxuna y á sus guerreros buena suerte, marchó Yudishtira por disposicion de Vyasa á prepararse en sitio retirado para la consagracion religiosa.

El primer pueblo adonde llegó Arxuna fué el de los trigartas, cuyos tres reyes Suryavarman, Ketudarman y Dritavarman fueron sometidos con las armas. Despues tocó la misma suerte á Vashradata, rey de los prashyotishas é hijo de Bagadata, y una vez vencidos todos, prometieron comparecer el día fijado para presentar sus homenajes como vasallos al